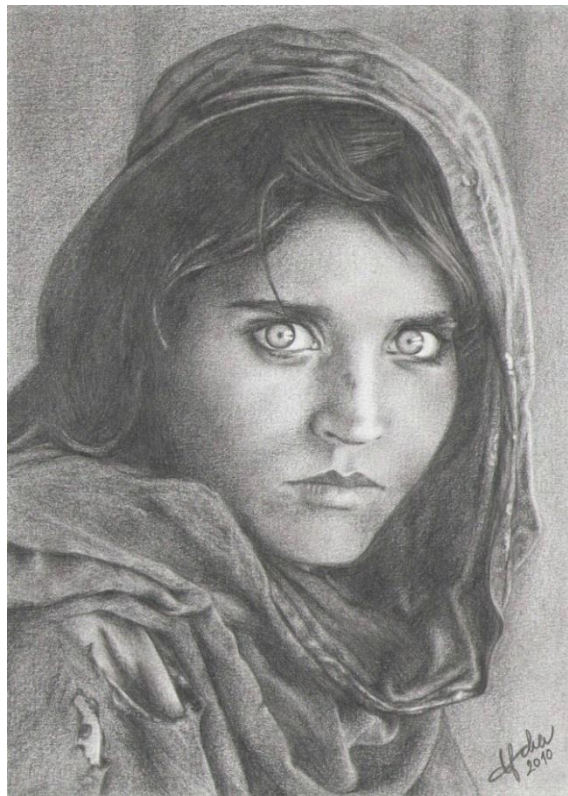


## REFUGIAD@S

Después de comer Marisa se fue a ver la tele como cada tarde. No sabía por qué, pero últimamente estaba de un humor de perros. Agitando su coleta nerviosamente se dirigió al salón, de un empujón tiró a su hermano del sillón y se apoderó del mando. El profesor de sociales les había mandado ver las noticias durante una semana para que después escribieran sobre ello. Su nueva mejor amiga, Fátima, pasaba de estas tareas, pero a ella su madre no la dejaba tranquila hasta que las terminaba. Se centró en las noticias. Estaba cansada del mismo rollo de siempre: guerras, pobreza, conflictos, política, gente huyendo de sus países de origen... Le sorprendía cómo los emigrantes dejaban todo sin temor al peligro para poder refugiarse en otro país más seguro y con más oportunidades.



Justo en ese momento su *smartphone* vibró y lo cogió a todo correr. Era un mensaje de Fátima avisándole de que “una siria” iba a empezar las clases en su instituto. Inmediatamente le vino a la cabeza la imagen de una muchacha desaliñada y con rasgos extranjeros, de piel morena y tapada hasta la cabeza. No le gustó nada la idea de tener una chica como aquella en su clase, sería una refugiada de esas, pero se resignó a dejar sus pensamientos porque su madre ya volvía a la carga llamándola.

Al día siguiente buscó a sus amigas y juntas subieron las escaleras que conducían a su clase. Nada más sentarse la profesora entró interrumpiendo su conversación. Cuando todos se callaron presentó a la tímida sombra que se revolvía inquieta detrás de ella: era una chica extremadamente delgada, de pelo moreno y ondulado que le caía por la

espalda y con una intensa cicatriz que marcaba su aceitunado rostro, duro pero a la vez inteligente. Fátima cruzó con ella una rápida pero significativa mirada mientras todo el grupo cuchicheaba entre sí. Entonces, como líder del grupo, le puso un mote: “*La Palillo*” y todos estallaron en carcajadas. Humillada y resignada se sentó sola en una esquina. Aquel día comenzaba otro infierno: las chicas se reían de ella y los chicos la ignoraban. Marisa y Fátima participaban activamente en estas burlas y bromas, capitaneándolas.

Por la noche desde su cama Imán admiraba las estrellas en calma, la paz que reflejaba el cielo... La paz y la calma que le habían hecho dejar todo lo conocido y querido ¿merecía tal sacrificio? Estaba sola en medio de otro conflicto, menos violento pero difícil. Se sentía insignificante en este mundo, abandonada incluso de Dios. Llorando rezó pidiendo el valor y coraje suficientes para seguir afrontando y superando adversidades. Silenciosamente pidió un milagro y se durmió.

Aquella mañana Marisa desconectaba en tutoría como siempre cuando *la profe* echaba el rollo sobre los valores, pero despertó de su ensoñación cuando notó que *la siria* la miraba fijamente y la tutora le preguntaba si estaba de acuerdo con su pareja para el trabajo. Iba a replicar, pero se quedó petrificada. Volvió a casa muy molesta, pues una cosa era ver los refugiados en la tele, desde su cómodo sofá, y otra muy distinta tener a *una* metida en su vida y encima ahora como compañera de trabajo. ¡Era el colmo! ¿Cómo la podían haber puesto con “*esa*”?

En su casa de acogida a Imán le daban todo lo necesario, pero no eran ni una familia ni un hogar. Echaba de menos a sus padres que lo habían dado todo para conseguir su documentación. Estaba echa un lío y aun así llamó a su compañera. Ésta le dejó bien claro que no harían nada juntas, pero a Imán le importaba ese trabajo sobre los valores y los derechos humanos que a veces brillan por su ausencia. Al día siguiente se quejó valientemente de la actitud de Marisa a la profesora que no tardó en ponerlo en conocimiento de su madre. A cambio tuvo que soportar una mañana de miradas

iracundas, insultos, risitas y demás, incluso le robaron la merienda. Pero había merecido la pena porque al ver a Marisa con su madre se dio cuenta de que harían el trabajo.

Marisa salió del coche echando chispas, le había caído la bronca del siglo porque además, su madre se había enterado del suspenso en *mates* que había intentado ocultarle. Se había quedado sin móvil, debía sacar buena nota en el trabajo y aprobar si quería volver a salir con sus amigos. Llena de rabia y frustración se encerró en su cuarto.

Pensó que lo mejor sería quedar para hacer la tarea y pasar página cuanto antes. Así fue como sin quererlo se encontró sentada en su mesa de estudio frente a una incrédula Imán que intentaba trabajar mientras se recuperaba de su asombro. Los enrojecidos ojos de su oponente y ver cómo el rímel corrido ensuciaba su siempre look perfecto terminaron por derribar sus defensas. Su compañera había estado llorando y la sonrisa de superioridad que siempre endurecía su rostro se había ahogado en sus lágrimas. En su lugar una mueca triste y hastiada le hacía verse insegura pero más humana. Sin apenas hablar se sumergieron en el trabajo y mientras veían videos de *youtube* el milagro esperado tuvo lugar. El ordenador reproducía imágenes de personas sin techo, desfavorecidos que huían de toda serie de catástrofes y violencia pero que en su desgracia se ayudaban mutuamente. Sin saber por qué Imán sintió que podía confiar en ella, buscaba un refugio y ya no podía contener más sus lágrimas.

Marisa estaba claramente conmovida viendo la entereza con la que Imán le contaba su odisea y cómo su huida hacia la libertad le había dejado una cicatriz en el corazón más profunda que la de su rostro: el desarraigo y la ausencia de sus padres. Todo el sufrimiento propio y ajeno del que había sido testigo. Marisa también se sinceró hablándole de los desencuentros con su madre, de lo mal que llevaba los estudios... aunque ahora no le parecían cosas tan importantes. Se olvidaron del trabajo y se pasaron la tarde hablando. Se divertieron juntas, porque en el fondo no eran tan distintas. Marisa le pidió disculpas pero Imán hacía tiempo que ya la había perdonado.

Se refugiaban la una en la otra. Imán siempre agradecía todo lo que Marisa le ayudaba y enseñaba, pero era ella la que realmente se sentía en deuda por haber aprendido tanto: a ser tolerante, pues en la diversidad encuentras riqueza; a respetar las vidas de los demás y descubrir juntas que el motor más poderoso es el espíritu de superación, la valentía y la verdadera amistad, valores que nos ayudan a construir un futuro mejor y una sociedad más justa y humanitaria.

**(Lectora incansable)**